

¿Por qué la misión nos agota tanto? Buscando una ascesis para nuestro tiempo¹

Juan Antonio Guerrero Alves, sj
Maestro de Novicios en España

Introducción

Nada es indiferente para los que tienen un deseo unificado. Pensemos en los deportistas de élite, que tienen medidos todos sus ejercicios, su alimentación, su sueño, ocio, etc.; o en los sacrificios de alimentación y de gimnasio que se hacen para mantener un tipo esbelto. El ejemplo de la danza es paradigmático a la hora de hablar de ascesis. El recientemente fallecido Maurice Béjart, un hombre que ha marcado la danza del siglo XX, escribía así:

“Creo que la ascesis es una de las cosas más necesarias para el desarrollo del ser humano y la construcción de cualquier tipo de arte. La ascesis consiste en elegir en cada momento lo esencial. Solamente conservando lo esencial y lo necesario, mantiene uno la vitalidad y la verdad. (...)

La ascesis consiste en contentarse con el vaso de agua y el trozo de pan y saborearlos con deleite, porque en el fondo, uno tiene la esencia de la vida –el agua y el pan– y no precisa de más. Pero si el agua y el pan se convierten en una mortificación, uno se siente condenado a pan y agua y lo percibe como un castigo. En el fondo, la ascesis es algo gozoso, que uno va descubriendo poco a poco.

El cuerpo ha de estar profundamente trabajado para que descubra su libertad. Esta libertad se encuentra más allá de la disciplina. Para participar de ese gozo y de esa libertad total, el cuerpo debe pasar por varias etapas purificadoras.

Si pensamos en la profesión de bailarín, un bailarín es alguien que ha comenzado entre los diez y los catorce años a hacer una serie de ejercicios cada mañana, y los hace durante toda su vida, sin interrupción alguna, todas las mañanas. El mismo se autoimpone al principio una especie de disciplina que le permite encontrar una inmensa libertad. (...)

Creo que hoy día el drama de nuestra época reside en hacer creer a la gente que, si se multiplican sus necesidades, van a ser más felices. En realidad lo que aumentan son sus ataduras. (...)

La única salida que tiene nuestro mundo actual es, no la privación –no me gusta esa palabra– sino el gozo del despojo”².

¹ Gran parte de lo que escribo en este artículo está más desarrollado en otros artículos míos: “Desintoxicarse, situarse en la paz y caminar en el bien: notas para una nueva ascética”, publicado en *Sal Terrae* 93 (2005) 789-803. “Hacia una nueva ascética” en: J. A. PAGOLA, E. MARTÍNEZ, J. ARREGUI y J. A. GUERRERO ALVES, *Hacia una espiritualidad para nuestro tiempo*, Idatz, San Sebastián 2007, pp. 87-123)

Béjart nos deja entrever que hablar de ascesis implica gozo y requiere realismo y despojo. *Gozo* porque parte de un deslumbramiento, hay algo que nos ha entusiasmado y nos ha puesto en camino. *Realismo* porque no se puede ocultar a quien quiere un cuerpo flexible que necesita ejercicio constante y a quien quiere libertad que necesita disciplina; y *despojo* porque no se trata tanto de proponer hacer más cosas sino más bien de acoger lo que nos toca vivir y quitar lo superfluo, para quedarnos con lo esencial. Como bien escribió Angelus Silesius: “hacia Dios no iremos vestidos, ni desnudos, sino desvestidos”³.

I. La ascesis cristiana

Pero en la ascesis cristiana hay algo más. He conocido de cerca a hombres de Dios, entregados, serviciales, disponibles, en los que se adivina frescura y paz evangélicas, que cuando predicán hablan de lo que ‘han visto’, que te hacen desear ser mejor cuando convives con ellos, que tienen una sensibilidad extraordinaria para los pobres, un trato exquisito y delicado con todos, una enorme paciencia con la fragilidad humana y aunque estén muy ocupados si vas a verles te hacen sentir que eres lo único importante en ese momento. A éstos no hay que preguntarles, hay que observarles. Si se les pregunta responden con pudor minimizando lo que hacen, restan importancia a cómo han llegado a ser como son, ellos suelen considerar que todo es don. Si se les observa se puede aprender mucho, pues aunque todo sea don, ellos cuidan las disposiciones para acoger los dones. Necesitamos aprender de ellos –la virtud se aprende con ejemplos– y no basta sólo ver cómo son, sino que nos interesa saber cómo han llegado a ser como son. No basta sólo conocer la meta, hay que conocer el camino para alcanzarla. Tener y proponer ideales es más fácil que alcanzarlos y acompañar a otros en ello.

La ascesis cristiana no es más que un método al servicio de la vida, que no puede perder de vista las dos coordenadas de la vida de Jesús: Abbá y Reino. Una relación con Dios viva y una relación de amor con la hermana y el hermano serán norte y criterio de medida de cualquier ascesis que se pretenda cristiana.

Cada forma de vida requiere su ascesis, es fácil entender que no es la misma la del monje o la monja en un monasterio que la del religioso o religiosa de vida activa o la de una laica casada y con hijos. Por lo mismo, no puede ser la misma ascesis la que se practique en sociedades muy jerarquizadas de cultura rural y agrícola, como es la sociedad y la cultura en la que se ha formulado la ascesis tradicional y la que se practique en nuestras sociedades más democráticas e igualitarias (formalmente), de cultura urbana, consumista y

² *L'art Sacré* nº 1 (1969). Reproducido en *Notes et pratiques ignatiennes* nº 4 (1985) 23-24. Citado en Pascual CEBOLLADA, “Venir al medio. La adicción décima y la ascesis en los Ejercicios”, en: *Manresa* 69 (1997/2) 131-145, aquí p. 135.

³ En esta misma línea del despojo abundan Karl RAHNER (Cf. “Espiritualidad antigua y actual”, en: *Escritos de Teología VII*, Taurus, Madrid 1967, pp. 30-31) y Paul EVDOKIMOV, (Cf. *Las edades de la vida espiritual*, Sígueme, Salamanca 2003, p. 188). La *nueva ascética* que anunciaba Rahner para el futuro prescindirá de lo espectacularmente heroico, no tendrá el carácter de lo adicional y extraordinario, sino de la libertad responsable ante el deber y de los límites que uno ha de imponerse a sí mismo. Para Evdokimov también tiene más de quitar lo superfluo, de hacer silencio, quitar ruidos y excitantes en un mundo sobreestimulado, que de proponer nuevas prácticas o actos extraordinarios.

posmoderna. Seguimos teniendo mucha necesidad de ascesis, pero ha de ser apropiada a nuestras necesidades de hoy.

Esto no quiere decir que toda la ascesis del pasado se haya quedado sin sentido. Nuestras tradiciones religiosas están llenas de sabiduría ascética. Basten como ejemplos las prácticas ascéticas que nos propone la Iglesia para acompañar la conversión propia de la cuaresma, o la gran cantidad de propuestas ascéticas de los *Ejercicios Espirituales* de S. Ignacio para disponerse para que Dios disponga, que con pequeñas adaptaciones siguen hoy vigentes y válidas. Se trata de sacar del baúl lo viejo y lo nuevo, como hacía el escriba del evangelio convertido al Reino de Dios (Mt 13, 52).

II. La ascesis en la vida consagrada (VC)

La VC ha sufrido una gran transformación después del Vaticano II y también sus prácticas ascéticas. Algunos quizá dirán que la VC ha abandonado la ascesis. No es una apreciación justa. Ciertamente hubo cierto desconcierto y abandono en los comienzos postconciliares, pero ha habido una evolución positiva. Quizá no esté teorizada ni siquiera codificada, pero se ha ido produciendo. Ya se puede apreciar un sedimento de los vaivenes de los últimos 40 años. En la mayor parte de las congregaciones de vida activa cayeron muchos de los ejercicios de la ascesis antigua, por ejemplo, cilicios, disciplinas, interrupciones del sueño o la misma vida a toque de campana. La mayoría de los ejemplos tienen que ver con castigos del cuerpo propios de una cultura más estática, sometida a los ciclos regulares de la naturaleza, con unos ritmos de trabajo muy ajenos a los del mundo de hoy y una concepción del cuerpo difícilmente defendible hoy.

Otras prácticas ascéticas cayeron temporalmente pero se han ido recuperando y actualizando, por ejemplo el cuidado de las disposiciones de la oración, que en muchos casos se ha mejorado y adaptado a nuestra cultura, de un modo más personalizado pero no por ello menos exigente; otras nuevas van surgiendo, como las que demandan las formas de vida comunitaria vigentes, con una interacción más natural y menos rígida, pero que requiere más atención, delicadeza personal y finura espiritual. La inserción en medios populares y una mayor cercanía a los pobres también lleva implícita una nueva ascesis, una educación de la sensibilidad, un gusto por la sencillez evangélica que va dando sus frutos. El trato más cercano con todas las personas, quizá menos defendido o protegido, requiere una reconfiguración interior –nuevas reglas, se podría decir– para vivir la identidad religiosa desde la práctica del Evangelio y la identificación con Cristo.

La VC es portadora de grandes ideales. La VC guarda un tesoro que es vivido de diferentes modos según los diversos carismas: está llamada a vivir de Cristo, con Cristo y en Cristo, a testimoniarlo y continuar su misión sirviendo a la humanidad. Su misión es vivir y testimoniar la vida de redimidos y hacer a otros partícipes de ella.

Hay tres notas de la cultura actual con las que hemos de aprender a relacionarnos si no queremos mantenernos siempre como principiantes en la vida espiritual, formulando deseos sin que éstos lleguen nunca a encarnarse. La primera hace referencia a la cultura consumista; en ella el principio de realidad va cediendo en favor del de placer. Es decir, que para vivir ajustados a la realidad en las sociedades consumistas, hay que buscar placer;

“rendirse a las rigurosas exigencias del ‘principio de realidad’ se traduce como cumplir con la obligación de buscar el placer y la felicidad”⁴. De otro modo el consumo se viene abajo y entramos en la ‘recesión económica’ que hoy es más temida que el infierno.

En segundo lugar, en la vida urbana y con los nuevos medios de comunicación tenemos muchos más contactos, nos comunicamos más por teléfono o Internet y menos presencialmente, tenemos más contactos esporádicos con más personas pero menos vida cotidiana juntos. La vida urbana puede tener algo de baile de disfraces en la que ocultamos gran parte de lo que somos y mostramos sólo lo que queremos, construyendo la imagen que queremos dar. Como es obvio, éste no es el mejor contexto para el testimonio, que no puede ser un disfraz más ni una mera construcción.

Además, en tercer lugar, en nuestra cultura narcisista⁵, encerrados en nosotros mismos como en una burbuja, podemos vivir en la representación, en una continua sucesión de imágenes ideales, de gustos interiores, viéndonos de este o de aquél modo, creyendo que poseemos aquellas virtudes que hemos pensado, visto o comprendido. Por eso hemos de sospechar de algunas “consolaciones”, “iluminaciones” y “actividades” que nunca se hacen de carne, rutina y vida cotidiana, y siempre nos mantienen en el terreno de lo ideal.

Esta cultura favorece quedarse en los deseos e ideales, renovando cada cierto tiempo los propósitos y llevando una vida espiritual de “poner la primera piedra” de grandes edificios que nunca llegan a construirse. A veces hacemos nuestro retiro anual y sólo renovamos los grandes deseos, hacemos propósitos, que es como poner primeras piedras de los edificios que vamos a construir. No basta poner primeras piedras, hay que poner muchos ladrillos iguales para hacer un edificio. Hace falta que los grandes deseos y los ideales propios de la VC se encarnen y se hagan vida cotidiana, testimonio denso de personas consagradas a Dios con todo el ser, para todo y para siempre.

Ablandados por la sociedad consumista y acostumbrados a no luchar contra la resistencia de la realidad, como lo que deseamos en nuestra VC no nos lo ofrece el mercado, podemos dejar de perseguirlo hasta el final y conformarnos con hacerlo una muletilla del discurso, en cuya consecución no damos pasos reales. Con los modos modernos de comunicación podemos construir una imagen pero, como los fariseos, sin que arraigue en el fondo de la persona. ‘La vida de oración’ puede no fortalecernos interiormente si se mantiene en el ámbito de la representación y de la ensoñación narcisista, sin descender a la realidad, sin hacerse abnegación, entrega, servicio y morir a uno mismo en la vida cotidiana. Al final del Sermón de la montaña, tras haber mostrado los ideales y los grandes deseos del Reino, Jesús invitaba a la ascesis que necesitamos: construir la casa sobre roca poniendo en práctica su palabra, en lugar de escuchar la palabra y no ponerla en práctica, que es construirla sobre arena (Mt 7, 24-29).

⁴ Zygmunt BAUMAN, *Vida de consumo*, FCE, Madrid 2007, p. 105. Cf. tb. pp. 125 y ss. También en este mundo las formas de pobreza y exclusión serán distintas a las anteriores. El pobre es el consumidor imperfecto, que es excluido y pasa a vivir en otro mundo.

⁵ Christopher LASCH, *La cultura narcisista*, Andrés Bello, Barcelona, 1999.

Para practicar nuestra VC no necesitamos condiciones ideales, pues Cristo no las buscó para su ministerio, sino que se adaptó a las de su tiempo, con su cultura, sus disposiciones legales, etc. A veces nuestra VC encuentra dificultades que, sin que nos demos cuenta, se han producido por los cambios en el contexto en que vivimos. Necesitamos encontrar nuevos modos de continuar nuestra búsqueda radical de Dios y ser testigos de Cristo. Un problema que preocupa al gobierno de muchas congregaciones religiosas es el cansancio de muchos religiosos y religiosas en el ejercicio de la misión. Intentamos a continuación comprender por qué.

III. ¿Por qué la misión nos agota tanto?

Al vivir en un mundo que está en un movimiento tan vertiginoso, de repente nos damos cuenta de que las cosas no son como eran. Nos cansamos más que antes. Podemos encontrar varias razones y sugerir algunos remedios ascéticos.

1. Hay límites físicos y naturales

Sabemos que a las gallinas ponedoras ya no viven en un mundo natural, sino que les encienden la luz para que vivan dos días en uno y hacerlas poner dos veces al día. Si ellas se preguntaran por qué se cansan tanto, nosotros podríamos explicárselo. Como también podríamos explicárselo a Charlot en la película *Tiempos modernos*, cuando aceleraban la velocidad de la cadena de montaje, y él tenía que seguir apretando tuercas a aquella velocidad endiablada. Algo parecido nos pasa. Algo evidente es la mutación demográfica que padece la VC, que ya explica mucho del cansancio, pues hacemos el mismo o más trabajo entre menos personas o personas más envejecidas y, por tanto, con menos fuerzas. Además, ya no vivimos en un mundo natural, gobernados por los ciclos de la naturaleza. Nuestros ritmos de trabajo son bastante artificiales. Nuestra libertad tiene que adaptarlos a nuestra naturaleza, esa es la tarea de una ascesis actual. Elegir. Y aquí, más que poner o hacer ejercicios ascéticos especiales, más bien hay que quitar, seleccionar las tareas, recuperar dimensiones humanas.

Otro cansancio propio de nuestra época, en la misma línea, es la saturación⁶, tiene que ver con el exceso de estímulos y sollicitaciones y la poca capacidad de filtro que mostramos. Así parece que queremos vivir más relaciones, más actividades y más experiencias de las que caben en una vida. Las nuevas tecnologías, el contestador automático, el teléfono móvil, el ordenador, el correo electrónico, los nuevos medios de transporte, las técnicas de marketing, la televisión, Internet, son magníficas ayudas para llevar adelante nuestros trabajos, pero también dan un enorme trabajo impensable hace sólo veinte años. Ya no estamos referidos a un lugar, podemos vivir con la fantasía de la ubicuidad, estar en todas partes y localizados en todas partes. Tal cantidad de estímulos día tras día acaba saturando. Acabamos con los poros relacionales obturados. Llegamos a las vacaciones deseando desaparecer... Pero, si no hacemos algo que ordene nuestra vida, acogiendo sus límites, no es esperable a la vuelta que la situación haya cambiado. De nuevo la ascesis aquí consiste en un ejercicio de la libertad y elegir, reduciendo la sobreestimulación, diciendo síes y noes.

⁶ Cf. Kenneth J. GERGEN, *El yo saturado, dilemas de la identidad en la vida contemporánea*, Paidós, Barcelona 1992.

2. Hay déficit de sentido

Tengo para mí que un cierto cansancio forma parte de la felicidad de una vida activa. El cansancio, no el estrés. Imagino con facilidad a S. Francisco Javier cansado y feliz, pero no harto de todo. Sin embargo, en nuestro tiempo hay demasiada gente –también consagradas y consagrados– que llega a fin de curso o al fin de semana cansada, con cierta amargura y desazón. No cansados y contentos, sino agotados y hartos. Y no parece que sea tanto por el exceso de tarea cuanto por el déficit de sentido en lo que hacen. Se habla también de un *cansancio abstracto* que no es consecuencia de esfuerzos particulares, porque surge del simple hecho de vivir; un cansancio “que sería equivocado combatir a base de descanso, porque es hijo de la rutina”⁷. Este cansancio no depende de la cantidad de actividad sino de otra cosa. A veces, en este sinsentido sentimos la necesidad, al menos, de *sentirnos* útiles y acabamos en un *activismo* poco fecundo pero que cansa⁸.

Nosotros intentamos vivir en relación al absoluto y realizamos nuestra misión en una *cultura pluralista* y, con frecuencia, *relativista* que tiene un impacto ambiguo en nuestra vida apostólica. La disminución de relevancia social y la interiorización del relativismo del ambiente, produce una cierta crisis afectiva. Percibimos una distancia inmensa entre lo que valoramos y ofrecemos, aquello en lo que empeñamos nuestra vida, y la indiferencia con la que es recibido. Lo que para nosotros es tan importante para otros lo es tan poco.

Todas estas razones pueden hacer cundir el desánimo y hacer que la misión se realice como teniendo que andar en el fango o en un barrizal, que es agotador. También se pueden descubrir oportunidades en esta situación. Algunos expresan que ‘no se vive tan mal siendo minoría’. La fe meramente sociológica no fortalece a la Iglesia sino que la debilita y le resta autenticidad. La vocación ya no es como pudo ser en algún tiempo, al menos en España, la continuación del colegio. Esta nueva situación se puede ver como una invitación para vivir de lo específico, vivir aquello para lo que vinimos a la VC, invitación a desociologizar la fe y la vocación, que ya no pueden ser vividas con el piloto automático y han de ser vividas personalmente. Vivir más de lo esencial, de Jesús y del Evangelio. Dos puntos de atención para la ascesis en este contexto: uno es concentrarnos en lo que formulaba el hermano Roger de Taizé: “vive lo que hayas comprendido del evangelio”. Otro punto de atención es evitar que las dificultades exteriores de la misión se apoyen en las interiores y caigamos en la “hiperinversión en las cuestiones del yo” propia de nuestro tiempo, haciendo de la misión una cuestión del yo, que difumina o pervierte su finalidad.

3. Hay también un problema espiritual

Se puede intuir que ese exceso de cansancio procede de que no estamos bien situados, que no nos damos cuenta de que sólo Dios es Dios y que nosotros no somos Dios. ‘Es agotador ser Dios’. Es agotador sostener el mundo, cargárselo todo a las espaldas, para tratar de solucionar todos los problemas. En el fondo es que el hombre moderno ha dejado de creer y

⁷ Pascal BRUCKNER, *La euforia perpetua, sobre el deber de ser feliz*, Tusquets, Barcelona, 2001, pp. 84s.

⁸ Sobre este tema me remito a lo que ya escribí en: “Pisar la tierra, caminar con otros y mirar al cielo: una meditación cristiana para vivir descansadamente”, en: *Sal Terrae* (2004) 459-472

de concebirse como colaborador de Dios. Es como si quisiéramos quitarle a Dios sus prerrogativas y hacerlo mejor que él. En el camino nos quemamos y agotamos. En la raíz está la *hybris*, el orgullo. Algo de la ascesis necesaria en esta época es situarnos en nuestro sitio, en nuestro lugar de seres humanos. Lo que siempre se ha llamado *humildad*. Si nos mantenemos endiosados, nuestra relación con Dios es casi imposible, porque estamos nosotros en su lugar y en lugar de colaborar con él en la misión que él nos da, tratamos pretenciosamente de “sustituirle”. El endiosamiento y la falta de adoración es una de las fuentes de agotamiento en la misión, que hace que la misión deje de serlo para convertirse en trajín al servicio de las necesidades del yo. La ascesis busca encontrar esta profunda y adecuada conformidad del hombre con su propia verdad. Así perderán peso esos sobreañadidos a la misión que sobrecargan y agotan: el mantenimiento de la propia imagen y la consecuente satisfacción de las expectativas de los otros en lo que hacemos.

La *adoración* es la relación natural del hombre con Dios. Adorar es vivir ante Dios, reconociéndole como tal. La *abnegación* es el reverso de moneda de la adoración⁹. Si abnegación es la negación radical y el rechazo de toda forma de endiosamiento, “yo no soy Dios”, dicho en positivo, la adoración es la afirmación y el reconocimiento de que “sólo Dios es Dios”, “Él es”. Independientemente de la mala prensa que pueda tener la abnegación, no es sino la apertura y la posibilidad de tener una relación del hombre y Dios en la que cada uno es lo que es. Y esto sigue siendo necesario. Si pasamos a la relación con las cosas, la palabra tradicional de la ascesis es *renuncia*. Jesús nos invita a renunciar a todo, a dejarlo todo. “El que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33). Esta es la vacuna contra la idolatría. Renunciar significa que sólo Dios es Dios y *ninguna cosa es Dios*. No podemos amar a ninguna criatura con el amor soberano que sólo está reservado a Dios¹⁰. Realizar la misión sin ‘renunciar’ a todo significa cargar con polizones interiores y acabar cansado. Querer defender algunas cosas no bien ordenadas, querer hacer compatible con la misión lo que no lo es, también acaba siendo agotador y rompiéndonos¹¹.

Otro ejercicio ascético necesario hoy es el cuidado de *la fraternidad*. No es inmediato reconocer al otro como un igual y abrirnos a relaciones recíprocas. Si nos dejamos llevar de los hábitos de nuestra vida cotidiana, acostumbrados a las nuevas formas de relación en el trabajo, tendemos a tratarnos unos a otros como objetos, como recursos, como materiales útiles para la satisfacción de nuestros deseos y proyectos. Pero el otro es una persona como yo que no puede ser instrumentalizada. Se trata de ir abriendo el campo de visión e interés, y de relacionarnos con los demás como personas, como iguales, hasta reconocer hermanos y hermanas. Ya sabemos que “el amor no cansa, ni se cansa, ni descansa”, pero cuando las

⁹ Cf. Irenée HAUSHERR, “Abnegación, renuncia, mortificación”, en: VV. AA. *Cuestiones vitales en su perspectiva bíblica*, Colección renovación, serie adjunta, México D.F., 1973, pp. 10-11.

¹⁰ Ib. p.12.

¹¹ El problema de la abnegación, la renuncia y la adoración es antiguo, pero en nuestra cultura individualista y consumista se ve exacerbado. Tenemos que discernir el individualismo y consumismo ambientales. El don de una cultura individualista es que nuestra relación con Dios pasa por nosotros, pide personalización, ya no le seguimos como plebe sino como pueblo, le seguimos personalmente y en Iglesia. El problema es el orgullo y la autosuficiencia. Algo análogo pasa con la sociedad de consumo. La gracia es que ofrece los medios que necesitamos para la vida; el problema, que se extralimite y quiera modelar nuestros deseos y convertirnos en idólatras.

relaciones personales no están bien ordenadas, cuando tienen excesivo cálculo o excesiva implicación de necesidades del yo, acaban siendo otra fuente de agotamiento en la misión.

4. Necesitamos una conversión de la sensibilidad

Otra ascesis para hacer frente al cansancio en la misión es la educación de nuestros sentidos. Nosotros nos relacionamos con la realidad a través de nuestros sentidos. Son importantísimos para la vida espiritual y solemos darles poca importancia. La publicidad que nos bombardea y estimula nuestros deseos, conoce la importancia de la sensibilidad, nos educa los sentidos y nos enseña a desear. Podemos hacer mucha oración, reflexionar mucho, leer magníficos libros... pero si no evangelizamos nuestra sensibilidad avanzamos poco. No basta con la conversión de la mente y las ideas. Hay que ir descendiendo a la conversión de los hábitos, de los modos de pensar, de valorar, de desear, hasta la conversión de la sensibilidad. Para ello es necesario mirar mucho y amorosamente al Jesús del Evangelio, y desear identificarse con él, para que su sensibilidad eduque la nuestra y elaboremos respuestas ‘cristianas’. ¿No fue así como adquirimos los modos de relacionarnos con la realidad, las valoraciones, los gestos y hasta los tics de nuestros padres?

La realidad nos entra por los sentidos y éstos están habituados a seleccionar automáticamente la realidad que nos interesa. Hay muchas realidades que “que no vemos”, que “no oímos”, que “no nos gustan”, que “no nos huelen bien” o que “no nos tocan” y a las que no prestamos atención porque nuestros sentidos no están abiertos a ellas y otras que sí “vemos”, “oímos”, “nos gustan”, “nos huelen bien” y “nos tocan”. Lo evangélico ha de pertenecer a éste segundo grupo. Lo que acabamos amando y nos acaba organizando la vida es lo que deseamos con las tripas y lo que aceptan nuestros sentidos. Ahí está la importancia de la educación de la sensibilidad y del deseo. Lo evangélico tiene que ‘gustarme’ de verdad, pues al final es la sensibilidad la que elige. Acabamos eligiendo por connaturalidad. No podemos vivir toda la vida contra nosotros mismos, haciendo contra nuestra sensibilidad¹². Esto también acaba siendo agotador.

¹² Sobre la importancia de la sensibilidad, la seducción y liberación de la misma, se puede ver el bonito libro de Benjamín GONZALEZ BUELTA, *Ver o perecer, mística de ojos abiertos*, Sal Terrae, Santander 2006.